

MORSIS
cut

1084370

18-mayo-86
JVCB
17/nov/08
UMPS

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

EMILIANO ZAPATA

EMILIANO ZAPATA

Personajes

DIRECTOR, en ropa de trabajo.

MUCHACHA bien vestida a la usanza de los antiguos hacendados. Acaba de hacer un largo viaje y aparece polvorienta y algo despeinada.

EMILIANO ZAPATA, trajeado como se le ve en las fotos de época.

A telón cerrado y sala a media luz, MUSICA de la obra (el tema de conjunto). Termina y se extingue mientras sube el telón.

Panorama de altiplano con cerros distantes. Es de noche y la iluminación-tenue- procede de la parte inferior del ciclorama.

DIRECTOR. Reflector (*cae sobre el SPOT que lo seguirá en sus desplazamientos*). Música. Un poco más suave. (*Música de los tiempos de la revolución mexicana*). Enciende la hoguera. Sube, sube (*Hoguera cubre casi por completo el escenario*). Baja; un poco más aprisa. Consérvala ahí, normal... Música al fondo. A ver... el sonido, esas voces... (*Voces sofocadas, insinuando las conversaciones y ajetreos de un vivac*). Prueba el tren. (*Tren que procede de lejos, se acerca y se aleja, pitando*). Apaga el spot. Sube el reflejo. A... sí. Que pasen las imágenes. (*Para ver el efecto se aleja del ciclorama dando la espalda al*

público. Pasan siluetas; figuras típicas de la soldadesca revolucionaria; tropel de hombres a caballo. Fogonazos. Humo).

El Director (hablando al público). Entre remotas montañas del altiplano de México, el general Emiliano Zapata espera a que amanezca para seguir su campaña. (Simultáneamente se ha desplazado el director a derecha y se oscurece totalmente el lado donde está la hoguera. Silenciosamente entra ZAPATA, se sienta sobre una piedra y se queda mirando la hoguera; ha puesto el sombrero en el suelo. (El DIRECTOR se desplaza al fondo izquierdo hasta el espacio de salida débilmente iluminado. Aparece la MUCHACHA). Ha llegado a verlo esta muchacha. (Suavemente la empuja y hace mutis. La MUCHACHA avanza unos pasos.

ZAPATA (*advirtiendo su presencia*). Pase; pase, niña.

MUCHACHA (*habla con seguridad, a veces con cierta altivez*). Usted es el general Zapata, ¿verdad? Lo conozco de fotografía, y por lo que cuentan.

ZAPATA. Para servirla. ¿De dónde viene, tan llena de barro y tan tarde? Los caminos son muy feos de noche.

MUCHACHA. Soy hija de la dueña de la hacienda Los Morales y de allá salí desde temprano.

ZAPATA. ¿Solita?

MUCHACHA. Una se basta, cuando sobran los motivos. Traje a un caballerango.

ZAPATA. Pues tiene su valor, niña. De su casa nos han echado bastante plomo. Los muertos dejan sus voces y la bala trae su bala.

MUCHACHA. He venido a pedirle en nombre de mi mamá que levante el sitio de nuestra casa y nos deje la hacienda. Siempre ha sido nuestra. No se la hemos robado a nadie.

ZAPATA. Según se vea, niña. Eso que pide se puede pedir, pero no se puede dar. Es como ordenarle al río que vuelva al cerro y no baje al mar.

MUCHACHA. Usted es el que manda a esta gente, y le obedecerán.

ZAPATA. Me obedecen porque los mando con su voz. Lo que les digo es lo que ellos no saben pronunciar; pero lo llevan en el corazón.

MUCHACHA. Lo que buscan es nuestro dinero, ¿no es cierto?

ZAPATA. Tal vez no.

MUCHACHA. Les daremos todo el que quieran si nos dejan la hacienda.

ZAPATA. Ellos no quieren nada de ustedes.

MUCHACHA. Sí... Y por eso queman las casas y los ingenios y las trojes.

ZAPATA. Es el coraje de siglos. Además, tam-

co es por gusto sino porque ustedes los matan desde atrás de cualquier pared. Lo que quieren es la tierra, porque es de ellos.

MUCHACHA. Usted les ha metido esas ideas en la cabeza y se las puede sacar.

ZAPATA. Usted está muy tierna todavía y no sabe bien lo que pasa y lo que ha pasado desde siempre en estos benditos montes. Nadie puede sacarle al campesino del alma el amor por la tierra. Por la mañana, antes de trabajar, la besa.

MUCHACHA. Todas las cosas tienen su precio y he venido a pagárselo.

ZAPATA. Ya le dije que no buscamos dinero. El dinero propio rueda y se va por donde vino, y el ajeno se ennegrece y embarra las manos de la gente.

MUCHACHA. Hay otros pagos, general Zapata: las joyas de las mujeres de mi sangre. Mire (*muestra sus joyas tomándolas entre los dedos*): son iguales a éstas. Así (*los aretes*), así (*el prendedor*), así (*el collar*), así (*la sortija*)...

ZAPATA. (*Mira distraidamente las joyas y asiente con la cabeza*). Sí, son bonitas, para qué es mentir; y brillan como luceros. Pero ¿cómo se verían sobre la carne prieta de nuestras mujeres? Ellas sólo llevan encima cintas de colores en la trenza, y en la cara gotitas de sudor y lunares de tierra negra.

MUCHACHA General Zapata: soy la única heredera de mi madre, la última mujer de una noble casa, y he venido a convencerlo de que nos deje la hacienda.

ZAPATA. Bien plantado tiene su corazón, niña; lástima que no lo ponga de nuestro lado. Pero ni modo. Tiene su pelo de oro y la boca chiquita y las pestañas largas como las alas de los tordos y las manos sin callos, ¿Cómo va a entender lo que sueña mi gente flaca y oscura y hedionda a caballo?

MUCHACHA (*acercándose a Zapata*). Esta ya no es hora de mirar demasiado las caras, general Zapata. Yo tengo el deber sagrado de conservar la tierra de mis mayores como sea. ¿Comprende?

ZAPATA. Sí, a balazos también, ¿verdad? No sé cómo puede querer tanto la tierra quien no le cuesta su trabajo.

MUCHACHA. Piense lo que le parezca; pero acepte el precio.

ZAPATA. Ya me ofreció dos, y ya ve que no se puede.

MUCHACHA (*bajando un poco la voz*). ¿Y si yo me quedara con usted. . . un tiempo. . . hasta que usted quisiera?

MUSICA mexicana, sube y baja al fondo.

ZAPATA (*poniéndose de pie*). Le agradezco mucho su merced, niña; de veras se la agradez-

co. Pero yo no soy un hombre nada más; yo soy mi pueblo y la voz de estos campos.

MUCHACHA (*con timidez*). ¿No podría yo... gustarle?

ZAPATA. Sí. Las mujeres de su raza siempre nos han gustado. A veces las grabamos con cuchillo en los árboles y los abrazamos; a veces las soñamos. Esa es la fuerza de ustedes y el peligro para nosotros. Pero nosotros queremos a nuestras mujeres no porque sean bonitas, sino porque nos respetan.

MUCHACHA (*suavemente*). Yo podría respetarlo.

ZAPATA. ¿Cómo podría respetar a un hombre que traicionara a sus hermanos?

MUSICA, *fin*.

MUCHACHA. Es que yo. . .

ZAPATA (*haciendo un solemne ademán con el brazo*). Vuelva a su casa. Llévese lejos a su mamacita con todas sus cosas y sus joyas; pero déjenos la tierra, porque es nuestra. Es lo único que queremos.

MUCHACHA. Y van a seguir peleando por ella...

ZAPATA. Sí.

MUSICA *sube y baja al fondo*.

MUCHACHA (*reflexiva y triste*). Tal vez tenga razón. Tal vez. . . ¿Y sabe una cosa? Que. . . no me da vergüenza haber venido a ofrecerme a un hombre como usted. A veces nosotras también los pintamos en los árboles y los abrazamos cuando nadie nos está mirando.

ZAPATA (*sonríe*). Yo también le voy a decir la verdad: me da mucha pena negárselo todo. Pero así son los caminos de la gente.

MUCHACHA (*se retuerce los dedos y retrocede unos pasos con torpeza*). Bueno... Adiós, general Zapata. Allá lo esperamos.

ZAPATA. Adiós, niña. (*De repente*). Oiga (*inclinándose a cortar una pequeña flor silvestre*): llévese esta florecita de la sierra, para que la acompañe en el camino.

MUCHACHA (*la toma, da repentinamente una vuelta y se marcha a paso seguro*).

Música sube hasta el final, y mientras se escucha el pito de un tren que se aleja, Zapata de nuevo sentado en la piedra junto a la fogata.

TELON

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS